



SECRETOS DEL UMBRAL

ERVIN MANSILLA



14 RELATOS DE MISTERIOS



Ediciones
Universitarias
de Valparaíso

PONTIFICIA UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE VALPARAÍSO

© ERVIN MANSILLA, 2015

Inscripción N° 239.194
ISBN: 978-956-17-0658-3

Tirada: 500 ejemplares
Derechos Reservados

Ediciones Universitarias de Valparaíso
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso
Calle 12 de Febrero 187, Valparaíso
Teléfono: 227 3087 – Fax: 227 3429
E.mail: euvs@ucv.cl
www.euv.cl

Dirección de Arte: Guido Olivares S.
Diseño: Mauricio Guerra P. / Alejandra Larraín R.
Corrección de Pruebas: Claudio Abarca L.

Impreso en Salesianos S. A.

HECHO EN CHILE

a mis hijas Martina y Natasha.

ÍNDICE



- 9. La venganza de Juan Manuel Halmonacid
- 15. El devorador de pecados
- 23. La Calle de los Sueños
- 29. 14 de febrero
- 43. Los parches de San Yemo
- 47. La maldición del tesoro del lago Ranco
- 53. El hospital de Cristian Hernom
- 61. Fe
- 69. El hombre del impermeable gris
- 81. Mi paseo silencioso
- 91. Corazón de escarcha
- 99. El perro se llamará Lucky
- 123. Secretos del Umbral
- 135. Uriel y el hacha de plata

LA VENGANZA DE JUAN MANUEL HALMONACID



Cuando iba pasando por el cementerio, Juan Manuel Halmonacid nuevamente recordó la joya, el anillo de esmeralda que tantas veces había visto en el dedo de Herne Husman, ese viejo tirano que había sido su patrón. Un ser en muchas ocasiones de actitud abominable. Ahora estaba bajo tierra y Manuel podía respirar con serenidad sobre el suave andar de su caballo, pero había algo que lo mantenía intranquilo y era la piedra angular de la historia que entornaba a Manuel, era el anillo de esmeralda, por supuesto. El recuerdo que acompañaba al anillo no era muy agradable, recordar la cara del viejo con esos ojos azules que parecían dos cristales brillantes, sobre todo cuando entraba en cólera.

La noche se había cerrado en un negro telón, el viento rugía en los altos pinos que bordeaban al cementerio y el camino de tierra, se apeó del caballo, sintió el barro pegajoso bajo la suela de sus botas. El camino durante el invierno se había tornado en muy mal estado a causa por el habitual transitar de los jinetes y las carretas de bueyes, razón por lo general la gente usaba de calzado la famosa bota de goma y el poncho de lana para capear la lluvia. Manuel no se escapaba de aquella vestidura, sobre todo de esa noche negra en la cual estaba a punto de apoderarse de la preciada joya. ¿Qué más podía hacer? Estaba obsesivamente enamorado de ella, tal como la hija de su patrón, aunque por ella nunca sufrió, tal vez hubiera sufrido si no le hubieran recalado bien su posición, de tal manera, ensombrecido por los prejuicios, se fue transformando en un ser callado, tranquilo, siempre disponible. Con tal naturalidad de resignación en su conciencia había sido imposible pensar que alguna vez podía vengarse, y era más, ni siquiera conocía la definición del concepto de venganza.

Todo comenzó a suceder desde el día que rompió el sello del horizonte. Horizonte que día a día había mirado con inquietud, sentía soledad de esas tierras vacías, tal como ese terror medieval de creer que la tierra era plana, en fin. "No hay por qué alejarse", decía su madre"; "¿y si aquí está todo, por qué crees que la gente del norte y del sur vienen a buscar trabajo aquí". "¿y qué pasa con la gente del este y el oeste?" contestó Manuel, aunque su madre sabía que al este se levantaba la cordillera de los Andes y al oeste el océano Pacífico, ella no contestó.

Manuel adoraba al mar, sobre todo las historias que había escuchado de un afuerino nacido y criado en el puerto de Corral y por esos vaivenes de la vida, fue a parar donde Manuel vivía, en las inhóspitas tierras de Lonquimay.

El día que Manuel se marchó, fue uno de esos largos días de a fines de enero. Ensiló su caballo muy temprano, puso su mejor ropa que solía poner los domingos y mon-